

AMORIO EN LA SELVA

Por Daniel Sada

Existe una Reina de América que es capaz de jugar su corazón al azar. Y el azar, que siempre da para mucho, reserva incertidumbres, letargos, amoríos, desencuentros, impaciencias, hartazgos, guerra y, sobre todo, una sospecha crónica: el ser tragado por la exuberancia, porque el sitio cónclave es la selva colombiana, tan intrincada e inaccesible, que no hay territorio visible para el aterrizaje de aviones y donde se tiene la sensación de que entre más uno se interne en su enredo, más crece la certeza de que se es un condenado a muerte. En un lugar dotado de un verdor tan agresivo, a poco va fortaleciéndose el hastío, por cuanto más se recrudece la excitación. Más aún porque en la vasta espesura se desarrolla una guerrilla sin fin, donde, como nos dice Nuria Amat, todas las sombras tienen ojos y el amor se deja llevar por las palabras.

Sin prisas, pero sin titubeos, la introducción en la selva se realiza paso a paso, habida cuenta que la conciencia es como un fardo que hay que cargar de principio a fin. Allá en el fondo está el amor, pero también lo inesperado: el síntoma vivaz de una catástrofe y el terror circular. Un terror que emite presagios y donde Nuria Amat teje con toda parsimonia su trama. La prosa, elaborada a base de párrafos cortos, siempre acuciantes, pareciera abrirse paso a machetazos. Serán descubrimientos introspectivos, a bien de presentir hasta dónde la aventura habrá de llegar, qué indicio conjuga el miedo con las emociones y qué concepción del tiempo vale para el trazo de una andanza indeterminada. Y es el avance el que abre expectativas. Es el descenso a un misterio, ya que conforme se discurre en la lectura de la Reina de América se tiene la sensación de que la selva está poblada de amenazas. De hecho, a expensas de esta latencia los personajes son proclives a avivar su percepción y la autora es sensible a cada posible recobro de ellos, así

de la trama

como a los movimientos insospechados de la naturaleza, misma que es actuante, que engulle y que de vez en cuando reactiva y libera, de tal suerte que el nivel de intriga está sustentado en un sinfín de registros momentáneos. Confieso que en muy pocas novelas he experimentado una combinatoria del miedo con las emociones más sublimes: el placer se funde en el terror, y el terror es expansivo, tan concreto como grosero, o tan extenuante como ilusorio.

Una sugestión de fatalidad merodea los espacios inextricables de estos territorios selváticos, pero también la fatalidad insinúa un deslinde hacia una naciente e inspirada recreación, y Nuria Amat lo aprovecha todo, cada síntoma es un registro que alimenta a la memoria, una codificación escrupulosa a expensas de una señal, de un atisbo engañoso, o de un acierto decisivo; más aún porque la autora escribe bajo el estigma de nombrar las cosas como si las viera por primera vez, haciendo creíble cuanto descubre: lo más inverosímil y lo más abyecto, cual si el amor y la guerra fuesen una rareza indiscernible, o el miedo un avatar propiciatorio. Así los personajes aparecen como hallazgos insólitos y a su vez lastrados. La convivencia propicia encuentros furtivos de los cuales nacen conjeturas, también furtivas. En esencia, perviven los contrastes que no son más que aproximaciones a lo que pudiese ser el magma de un deseo que acaso nunca encuentre molde, o también las purgas de ideas que se diluyen, pero cuyo efecto escuece. Lo más sorprendente de *Reina de América* estiba en la conjunción de influencias entre los elementos naturales y el talante de los personajes, da la impresión de que la naturaleza determina hasta la acción más venial o que cualquier ente está sujeto a sus designios. De hecho, la noción del tiempo se modifica de continuo y adquiere ensanches inusitados. Lo importante es la acechancia a perpetuidad, la prudencia del cálculo en el trato, como si los personajes previeran su grado de entrega, ya que la selva los empuja a desarrollar nuevos e insospechados instintos.

Más que una narración inclinada a delinear los soportes anecdóticos de las peripecias que ocurren en la selva, *Reina de América* propone un intromisión en el espíritu de la aventura, es un

proceso de excavación en el paisaje interior de los protagonistas, y un alegato –me atrevería a decir- subliminal sobre cómo un entorno vulnera, pero también aguza sus almas. El amor es un avatar tan casual como la muerte, y la palabra “decepción” es un trasunto supeditado a un rejuego ocasional. La aventura habrá de concluir, sólo que la salida de ese entorno será mucho más difícil que la dificultosa intromisión. Las entrañas de la selva están pobladas de misterios.

Reina de América es una novela inductiva. Es la metáfora radiante de una escritora catalana que se introduce en una dimensión claroscuro: las culturas de una América cuyos matices secretos todavía postulan un arte de adivinación, donde la magia amaga con oscurecerse más y más, a condición de chispear de vez en cuando. Quizá, para nosotros mismos, la tentación de hurgar en nuestras raíces sea la prerrogativa más incierta. Ir hasta el fondo de nuestro espíritu significa que de los más recóndito seremos expulsados. Borges dice que la eternidad está en el pasado, que no en el futuro, algo parecido a lo que postulaban las más antiguas culturas de nuestra América: aquellar el tiempo circular, ya que por mucho que avancemos siempre regresaremos al punto de partida. De igual manera esta concepción del tiempo constituye el soporte esencial de Reina de América, una historia cuya propuesta reside en dos procesos temerarios: el difícil acceso a una cultura y a un territorio intrincados y la improbable salida, al menos una salida libre de contagios definitivos.

En su ya nutrida obra que incluye *La intimidación*, una colección de ensayos, *Letra herida*, relatos, *El siglo de las mujeres*. Su novela *El país del alma*, que fue finalista en 2001 del Premio Rómulo Gallegos de novela, y ahora esta *Reina de América*, que obtuvo el Premio Ciudad de Barcelona. Siempre es un placer descubrir a una gran escritora en el universo de la literatura escrita en español. Tal vez Nuria no sea espectacular ni mediática, pero sí una novelista de a de veras, de entraña, capaz de asumir grandes desafíos literarios como esta novela apasionante y poderosa que es un verdadero deleite espiritual.

ALGUNAS DIGRESIONES SOBRE Juan Rulfo. *El arte del silencio*

Escribir sobre Juan Rulfo es una tarea riesgosa. Hace cuatro años la investigadora brasileña Simone Montoto observó: "Mucho se ha escrito sobre sus narraciones, su figura enigmática y mítica y sobre su silencio literario y personal. Son más de nueve mil páginas —en casi 50 años de crítica— que buscan ofrecer respuestas a innumerables interrogantes de las poco más de 300 páginas escritas por Juan Rulfo".

A partir de la muerte del escritor jalisciense (1986), una vertiente de estudios se ha dirigido más a ^{su} vida que a ^{la} obra; algunos secretos se han conocido; las polémicas se han delimitado, ciertas dudas se han aclarado y algunos tópicos intensifican la sombra mítica del escritor. Los estudiosos y los biógrafos esbozan y colorean su propia aura legendaria ~~del escritor~~. Las diferencias e imprecisiones abundan, aunque la mayoría son superficiales porque debemos admitir que pocos han corrido la aventura de analizar con profundidad la obra, relacionándola con la vida ~~de Rulfo~~. Los obstáculos no son pocos. Es natural. Acceder a fuentes directas y ~~sus~~ documentos personales —ahora— es más difícil que hace 20 años haber logrado una entrevista con él. Lo sabemos, también, sin decirlo, la sola pronunciación de Rulfo, la mención de sus fotografías, de *El Llano en llamas* y *Pedro Páramo* —en suma, su imagen— significa en México introducirse a un museo de figuras privilegiadas que nos dan pertinencia ante la mirada de los otros; los extranjeros: eternos amigos distantes, ante quienes nos sentimos ajenos y —sin buscarlo— encontramos cimientos de nuestra pertenencia como sujetos y colectividad: es la identidad ^{de un sujeto} ~~para la filosofía y la economía política~~ ^{ya} ~~llamada~~ ^{en un pueblo}.

Y aunque no hayamos leído del poder, las fechorías y el amor irrealizado de ese "el rencor vivo", Pedro Páramo ya es un arquetipo de la esencia de lo mexicano tan sólido como —toda proporción guardada— el arraigo que nos une a la virgen de Guadalupe y a la identificación superficial —gracias al esplendor mediático de las imágenes— que ~~se da~~ ^{se da} México con los autorretratos y las fotografías de Frida Khalo y el rostro cubierto de un rebelde que ha evitado ser revolucionario.

La escritura de una biografía de Rulfo por un mexicano, durante años pareció una tarea imposible, ^{de algún modo} ~~ya~~ ^{de algún modo} todavía los es, aunque ya existen dos: una inédita de Juan Antonio Ascencio y la otra, —autorizada por la Fundación Rulfo— de Alberto Vital se dará a conocer en esta Feria (*Noticias de Juan Rulfo 1784–2003*),

Un sujeto

de algún modo

del medio cultural, se requiere de paciente templanza en la búsqueda de fuentes de información fidedignas y confrontables. Al conocerse muy pocos documentos personales del escritor, hay enormes vacíos, sólo rastreables por inferencias. No olvidemos que casi nada se sabe de cuánto pasó entre el momento en que el escritor deja el seminario en 1934 y su ingreso a la Secretaría de Gobernación en enero del 36. Y sólo conocemos vaguedades de sus labores, desde que dejó el trabajo en la Goodrich Euzkadi, a octubre de 1962, fecha en que ingresa al Instituto Indigenista.

^{Amat, Purificación} Nuria Amat ~~revela~~ ^{su} ~~benefició,~~ lejanía de México. Pudo observar con parquedad los grupos de poder cultural y sus enconos; las maledicencias que mantuvieron a Rulfo replegado del medio y que al mismo tiempo le crearon fama, no gratuita, de crítico mordaz de sus contemporáneos. Nosotros todavía podemos sentir aires de esos rencores.

^{La escritora catalana} Amat delimita sus prioridades. El silencio creativo es el *leitmotiv* que oímos y leemos a lo largo de este texto que bien podría ^{de memoria} ~~ser~~ ensayo biográfico. Hay ^{diversos} ~~distintos~~ ^{orígenes} de orígenes del silencio en Rulfo, casi clasificados por temas, ~~de los~~ ^{que} ~~distintos~~ ^{que} ~~se~~ ^{le} ~~se~~ ^{le} fueron las ganas de escribir. Aunque esta conclusión proviene de razones y sinrazones que Amat despliega: fama, alcohol, melancolía, autoexigencia, astenia, temor de no igualar las obras publicadas. Si aceptamos que la depresión es más que un estado de ánimo, debemos reconocer también el dolor que cubre a quienes la padecen crónicamente. La tendencia al perfeccionismo dificulta y detiene el desarrollo del depresivo. A Rulfo, la esterilidad creativa ^{le} alimentó la zozobra que reflejaba en el semblante. Este vacío es también un dolor ético o moral, Amat nos observa, también, como la presencia del silencio en la vida del escritor incidió en la obra. El mismo llegó a decir: «Quizá aquel silencio [el silencio de su pueblo] determinó que yo fuera escritor. En mi vida hay muchos silencios. En mi escritura también. Por eso dejé muchas páginas en blanco para que las llenara el lector. Estas páginas permanecieron vacías. Hoy podría llenarlas, pero no deseo hacerlo».

Hay un hilo conductor entre creación > silencio > no escritura > y muerte que iguala a Rulfo con la escritora española Carmen Laforet, autora de una novela excepcional, *Nada*. Y luego se apagó. Y si es cierto que ambos dispusieron, de un modo particular, su muerte literaria, entonces hablamos de dos formas de morir. Recordamos, entonces, las dos muertes de Pedro Páramo; una -es física- a manos de Abundio

Los lectores sin ser especialistas, podrán explicarse con la mirada y la lectura por qué Nuria Amat señala que, "Rulfo fotógrafo existió antes que Rulfo escritor. Y no sería extraño suponer que la fotografía haya sido el núcleo generador de su actividad literaria".

Y al ver a distancia a su personaje, Amat no deja un retrato muy semejante al que han hecho la mayoría de los críticos, reseñistas y biógrafos de periodos particulares. Nos deja intacta la imagen del escritor frágil, desvalido, casi incapaz de enfrentar la vida cotidiana. Es cierto, él era un hombre poco hábil para resolver ciertas rutinas diarias. Pero si manejó con dificultades, por ejemplo, su economía, tampoco se puede decir que haya sido impráctico. Aunque, en medio de permanentes contradicciones, supo ser objetivo. Y si se hace un recorrido minucioso de su vida laboral, se comprobará que obtuvo beneficios que su condición de escritor notable le concedió, aunque no tuvo los privilegios que otros escritores e intelectuales gozaron.

No es difícil advertir la fortaleza de carácter de Rulfo; necesito no poca terquedad y templanza en su ascenso como escritor; sólo hay que recordar que entre 1936 y 1937 -lapso en que empieza a escribir formalmente- y el momento que en que se publicó su primer texto -1945- pasan cerca de nueve años: luego de 20 años de leer libros compulsivamente. Y si es cierto que -como él mismo dijo- se le fueron las ganas de escribir, nunca dejó de intentarlo. Incluso firmó en dos ocasiones firmó contratos -en 1977 y 1982- comprometiéndose a entregar textos inéditos. Pero, como nos recuerda Nuria Amat, su intuición se impuso. ~~Al final~~ Ya no importa saber si se detuvo porque sintió que no superaría las obras precedentes o porque, el mismo creo una estrategia del silencio. ^{Los libros y estas estructuras de Rulfo} Hay que agradecer a Nuria Amat esta biografía. Sus reflexiones podrán tener resonancias fugadas. Habrá quienes creen que aquí se mantiene intachable la leyenda de Rulfo; otras voces dirán, como la propia escritora señala, que no hay necesidad de desmitificar a un escritor de la estatura de Rulfo. Todos podemos aceptar nuestra inclinación, tal vez proclive, por la fragilidad, la desdicha, sobre todo si la encarnan ser excepcionales, digamos, geniales. Si es cierto que nadie ha podido hacer que Pedro Páramo diga más de lo que él mismo dice. De igual modo, nadie logrará penetrar en ese espacio sensorial o anímico donde se gesta el dolor de los otros. Y esa tristeza, melancolía, sentimiento de horfandad, con que se identifica a Rulfo, son menos que aproximaciones a un drama secreto. Y es su condición impronunciable

Paula Corraín

donde reside la sordidez anímica. Para decirlo con palabras de Nuria Amat :
terminaré: "El dolor sin palabras es el más duro y tenebroso. Toda una vida de
silencios. Una vida en la que siempre lo más interesante, lo único real, lo único
verdaderamente vivo, permanece oculto. Mudo. Como una losa, una loca, un
paraíso, un cielo, un infierno, un acertijo".